



Jordi Mundet y Jana Grulichová bailan con alumnos y otros profesores de su escuela.

ESCENA

La temperatura es alta. En los últimos años, Barcelona se ha llenado de escuelas, festivales, conciertos y sobre todo 'lindy-hoppers'. Como durante la Gran Depresión, el swing revive en plena crisis

La fiebre del 'swing' pone a bailar a BCN

■ GABRIEL TRINADÉ
El ritmo se le paró a Frankie Manning en 2009 y, por sorprendente que pueda parecer, cogió a algunos a contrapié. A sus 94 años, Manning, también conocido como el embajador del swing, tenía una apretadísima agenda por medio mundo donde también figuraba una visita a Barcelona. Fue una pena que falleciera sin volver a pisar la capital catalana (ya estuvo ahí diez años antes): hubiera descubierto que a orillas del mediterráneo los rocksteppers marcan el paso de la ciudad.

Nadie que sepa zapatearse un charleston por alguna de las plazas o parques de Barcelona se sonroja cuando afirma que la ciudad es la capital europea del swing. En los

últimos años, las escuelas se han multiplicado, así como las fiestas en clubs o las actuaciones en directo. Curiosamente, el swing pega fuerte aquí cuando más azuza la crisis económica, igual que alcanzó su auge durante la Gran Depresión norteamericana tras el Crack del 29. ¿Coincidencia?

«El swing nació para divertirse en medio de una gran crisis económica y por lo que parece sigue siendo vigente. Es un baile muy divertido que se puede practicar al aire libre sin tener que pagar ninguna entrada y, a diferencia de otros bailes como la salsa, no invita a quien lo practica a beber», afirma Lluís Vila, una de esas personas que se quedaron descolocadas con la muerte de Manning. So-



bre todo, porque él fue el artífice de su primera visita en el marco del festival Barswinglona y quien se estaba encargando del segundo viaje.

Pero la labor de Lluís Vila no sólo se reduce a ser el anfitrión de Manning. De hecho, se podría decir sin muchos tuteos que él mismo fue el diplomático que importó el baile del continente americano. «A finales de los 90 regresé a Barcelona tras vivir unos años allí. En Estados Unidos se estaba recuperando la tradición del swing tras tres décadas en que había casi desaparecido y me enganché bastante. Aquí nadie tenía ni idea de qué era eso del lindy-hop [una de las variantes del baile], así que primero enseñé a mi pareja, luego a unos amigos y al poco tiempo montamos la Asociación de Swing de Barcelona. Ahora todo es muy diferente. Debemos ser el país europeo con más aficionados», explica.

Empezar de cero no debió de ser fácil pero tampoco lo fue para el grupo de bailarines suecos que a mediados de los 80 se interesó por ese baile casi desaparecido. La anécdota es un clásico entre los profesores de swing que, como Lluís, no pierden ocasión para contarla. Por allá los años 80, un grupo de suecos se enzarzó a recuperar la tradición del lindy-hop, que se perdió a mediados de la década de los 40 con la irrupción de un jazz más transgresor, el Bebop, y que era impracticable en las pistas de baile.

Ese grupo de suecos se embarcó rumbo a Estados Unidos en busca de Manning, que durante dos décadas había sido una estrella del

cine en blanco y negro consagrado gracias a sus coreografías. «Es usted el famoso bailarín», dicen que le preguntaron cuando conocieron al hombre que por aquella época tenía unos 70 años. «Bueno, yo soy Frankie Manning, el carter», respondió, haciendo valer el oficio que le dio de comer durante todos esos años de olvido. Sea esa anécdota cierta o no, siempre se podrá decir que Manning la contaba así.

Tras la asociación, Lluís creó su

Música de baile, trabajo para músicos

Si a mediados de la década de los 40 en Estados Unidos se produjo un divorcio entre la música jazz y el baile —para la historia y sobre todo la mitomanía queda ese enfrentamiento entre Frankie Manning y el trompetista Dizzie Gillespie tras una experimentación en directo del músico que dejó fuera de juego al bailarín—, en Barcelona ahora ocurre todo lo contrario. Los músicos celebran la fuerza de esta moda que les permite tocar. «La verdad es que el 'swing' nos genera espacios para actuar. Hay unos miles de personas que lo bailan y que por tanto van a conciertos. Va muy bien porque estamos creando público», explica Dani Alonso, director de la Orquesta de Jazz de Barcelona. Este auge del público del jazz alivia un poco una situación un tanto desconcertante. «Barcelona es una ciudad muy curiosa. Estoy seguro de que a nivel del Estado es el lugar donde más músicos de jazz hay, pero por contra no hay muchos sitios donde tocar», afirma Alonso, quien señala que parte de la culpa de ese poco arraigo por parte del público es de las entidades culturales públicas: «nunca han apostado fuerte por programar jazz. Lo ven como una cosa extraña y no creen que pueda gustar a la gente. Se equivocan, el jazz no tiene por qué ser aburrido». Justamente, la Orquesta de Jazz de Barcelona lleva desde el año 1996 demostrando eso: que el jazz no tiene porque ser aburrido. Y su recinto por excelencia es la sala Apolo. «Empezamos a hacer esos conciertos tres años después de nuestra fundación. El objetivo era llegar a dar una estabilidad al conjunto», recuerda Dani, que lleva 8 años al frente de la OJB. Tras unos pequeños altibajos, la 'bigband' toca cada domingo de final de mes para unas 500 personas de media.



propia escuela (Ballaswing) y poco a poco han ido apareciendo más. Por decir algunas: Pep i Emi, Temple del Swing, l'Orfèu Gracienc, Spunk The Baby, o Luthiers. Aunque también hay otras o centros cívicos que organizan talleres. ¿Por qué tanta gente quiere bailar? «Es un baile que no te deja parar de sonreír. Nunca he visto a la gente pasárselo tan bien con la salsa o con el tango. Además, a las pocas clases ya puedes ir a probarlo por

tu cuenta y conoces a mucha gente», cuenta Jordi Mundet, propietario junto a Jana Grulichová de la escuela Swingmaniacs. Jordi explica que pese a que Barcelona tiene un montón de escuelas especializadas eso no impide que haya un buen ambiente generalizado. «Todos vamos a todas partes. Es un baile social y eso se nota en las ganas que le pone la gente. ¿Qué más da quién organice qué?», afirma.

Toda esa red de escuelas genera mucho movimiento por la ciudad.

«Cada día hay un acto para ir a bailar swing», explica Laura Martínez, vicepresidente de la Asociación de Swing de Barcelona. La entidad es la responsable de los clandestinos —término que se utilizaba para referirse a los bailes prohibidos antaño en Estados Unidos— que se organizan en la glorieta del Parc de la Ciutadella cada primer y tercer domingo de mes. Sin duda el encuentro más significativo de los lindy-hoppers. Aunque hay más, claro. Muy concurridos son los últimos domingos de mes en la plaza de la Virreina en Gràcia, los bailes en la Barceloneta o las fiestas en el Apolo con la Barcelona Jazz Orquesta (ver despiece). O fiestas privadas como el Happy Feet Swing que se organiza en el bar Marula.

Tanto movimiento ha hecho que al histórico festival Barswinglona —que celebra su 15 edición a principios del mes que viene— también le haya salido competencia: el European Swing Dance Championship, un festival organizado por la propia escuela Swingmaniacs y que se celebra del 15 al 17 de junio.

Desde su aparición el año pasado, el festival ha hecho un esfuerzo por ponerse a la altura de su competidor y atraer a las mejores parejas de baile del mundo: Mickey Pedroza, Max Pitruzzella, Annie Trudeau o Kevin St. Laurent. Pongan sus nombres en YouTube. No tiene desperdicio.

Mientras ninguno de esos festivales llega, la mejor manera de pasar el tiempo es ir a coger un poco de práctica: este domingo toca ir a darse un paseo por la glorieta del Parc de la Ciutadella.



LUÍS JUSTE DE NIN

CÓMIC

Lluís Juste de Nin vuelve a bucear en una época clave de la historia catalana con la excusa de visitar un clásico de la literatura. 'La feria de las vanidades' viaja ahora a la Barcelona de la 'febre d'or'.

La feria de las vanidades que acabó en el Liceu

■ LETICIA BLANCO

Rebeca Sharp es la Becky. Y los excesos de la opulenta sociedad victoriana que tan agudamente retrató William Makepeace Thackeray en *La feria de las vanidades* se han teletransportado por arte de magia a una Barcelona imbuída por la febre d'or, época de desahogado crecimiento industrial durante el último cuarto del siglo XIX que acabó estrellándose con la llegada, desde Francia, de la temida filoxera.

El dibujante (y también consejero delegado de Armand Bas) Lluís Juste de Nin vuelve con uno de sus ya célebres cómics histórico-literarios, esta vez titulado *La fru de les vanitats*. De la febre d'or a la bomba del Liceu (Edicions de Ponent). Un ejercicio de historia viva catalana recuperada a través del clásico de Thackeray, autor también de la épica *Barry Lyndon*, en el que se narra el imparable ascenso social de una mujer lista, ambiciosa y sin remilgos en una sociedad marcada por la hipocresía y la doble moral.

La aventura no es nueva: Nin ya ilustró su visión personal de la Guerra Civil y las luchas fratricidas dentro del bando republicano al calor de las páginas de *La educación sentimental* de Flaubert. Luego se zambulló en *El conde de Montecristo* para conmemorar la posguerra anal y echó mano de las sabias lecciones políticas de El Gato de Lampedusa para abordar la Transición española. Su último experimento viajaba a *La montaña mágica* de Thomas Mann para esbozar la edición del Modernismo y el Noucentisme.

Ahora, en plena crisis financiera,

La bomba del Liceu es uno de los episodios recogidos en el cómic.

Nin ha decidido poner el retrovisor en una época, la de la febre d'or, que también pagó cara la ambición desmesurada de la burguesía. «Es la primera vez que una mujer es la protagonista y me hace mucha ilusión», explica Nin, que sitúa el final de aquel esplendor con la aparición de los primeros movimientos anarco-sindicalistas y la bomba que estalló en el Gran Teatre del Liceu en 1893, matando a 21 personas. «Fue un final de fiesta muy trágico», opina Nin, que no se olvida de la mecha anarquista que prendió en la ciudad durante aquellos años y de la dura represión a la que fue sometida tras el atentado. «Las demandas de las manifestaciones de la época dan una idea de las condiciones laborales: se luchaba por una jornada de 10 horas y por la abolición del trabajo infantil, entre otras cosas», recuerda.

El París de la Belle Époque también aparece en escena cuando Becky, harta de un matrimonio deshecho y de las críticas que suscita su nueva relación con un mala pieza, se muda a la capital francesa. Acabará trabajando en el corazón de Montmartre, en el Moulin Rouge. «Muy pocos saben que lo fundó un catalán, el hijo de un emigrante textil, Josep Ollé. Los franceses de la época le llamaban Monsieur Ollé», apunta Nin. Becky se convertirá en relaciones públicas del Moulin Rouge, frecuentado por Oscar Wilde y Guy de Maupassant, en un París en la cúspide de su efervescencia, repleto de artistas como Renoir, Gauguin, Van Gogh o Toulouse-Lautrec, a los que Nin concede gloriosos cameos. Un

ameno pupurrí que resulta de lo más didáctico. «Es la historia de nuestro país contada de otra manera», sostiene Nin, que ya trabaja en su próximo proyecto: las guerras carlistas. Lecciones de historia dibujadas. Cataluña vista a través de viñetas en blanco y negro.

